



En el 150
aniversario de
su muerte:

Javier
García
Sánchez

Franz Schubert, una vida incompleta

CUANDO se recuerda la figura de un mito, que por su genialidad y por su arte supo desbordar las diversas esferas del tiempo, es menester no caer en la grave contradicción que supondría comentar tan sólo técnicamente su obra. O, a la inversa, hacer un documentado y fiel esbozo biográfico de lo que fue su existencia, su devenir por nuestro mundo. En el caso de Franz Schubert, su obra y su vida ni por un momento dejaron de ser las fieles compañeras que trazaron, paralelamente, una de las más hermosas páginas de la Historia de la música. De la música intemporal, esa que desafió a las pasiones y a los mismos hombres que la engendraron, esa por la que él se consumió hasta el mismo instante de su muerte. Con Schubert, de ello hace ahora ciento cincuenta años, acabó, en cierto sentido el mito del romanticismo clásico.

EL HOMBRE

Franz Peter Schubert fue el último de los hermanos nacidos del matrimonio compuesto por Franz Theodor Florian Schubert, un maestro de escuela de origen humilde y Elisabeth Vietz, cocinera de profesión. El había nacido en la provincia de Neudorf, en Moravia, y ella en Silesia. Se trataba, pues, de una familia sin tradición aristocrática y con unos ingresos económicos que les permitían subsistir a duras penas.

Durante los primeros años la cuestión del dinero pasó a convertirse en una de las obsesiones familiares que, por supuesto, afectaron mucho al pequeño Franz. Paradójicamente al final de su vida volvería a pasar por épocas de difícil situación.

El menor de los Schubert nació el 31 de enero de 1797 en la zona de Lichtental, por las afueras de Viena. La casa se hallaba ubicada en la calle Himmelfortgrund. En la actualidad la antigua calle de Himmelfortgrund ha cambiado su nombre por el de Nussdorfer y está en pleno corazón del distrito IX vienés.

Realmente un dato histórico confirmado es que la tradición musical en la familia de los Schubert era escasa, significándose el pequeño Franz por ser el primero de los hijos que sintió una profunda vocación musical desde su más tierna edad. El viejo Franz Theodor le enseñó a su hijo las nociones básicas de violín que conocía, mientras que sus hermanos Fernando e Ignacio lo introdujeron en el manejo esencial del piano.

En 1804, es decir, cuando contaba siete años de edad, el niño ya por aquel entonces tímido y de aspecto distraído tuvo un profesor de cierta

categoría: el anciano Michael Holzer que ostentaba el cargo de maestro de coros en la iglesia de Lichtental, siendo muy apreciado en toda la ciudad. Una característica particular de Schubert fue el profundo agradecimiento que sintió siempre por las personas amigas. A prácticamente la totalidad de ellas les dedicó alguna composición. Al viejo Holzer le dedicaría su Misa en DO.

Pronto, lo que antes era una fuerte sensación pasa a convertirse en la razón de vivir del joven Franz. Componía canciones imaginarias durante horas y horas y solía pasarse el tiempo muerto ante las teclas del piano, a veces, dejando los dedos inmóviles sobre él como si intentara impregnarse de su mágico influjo. Su primera composición sería la Fantasía en Sol Mayor para piano a cuatro manos, de 1810.

Tras pasar unos breves años en el internado de Stadtkonvikt comienza a perfilar su gusto musical, su intuición acerca de aquello que posee calidad y aquello que no. Se convierte en un apasionado de la música de Mozart, en especial de sus últimas sinfonías, así como de los tiempos lentos de Haydn, las obras de Beethoven, al que considera ya como el «maestro». Este comienza a convertirse en una obsesión que Schubert no abandonará jamás. El 28 de mayo de 1808 el diario de Viena dio a publicar la noticia siguiente: habiendo dos vacantes en la Imperial y Real Orquesta para dos jóvenes cantores, se ruega a quienes aspiren a ocuparlas que se presenten en la Plaza de la Universidad, número 796, donde deberán exponer sus conocimientos generales tanto como su preparación musical, debiendo confirmar sus palabras con sus clasificaciones, promedios, etc. Temeroso y lleno

de complejos enfrentaría, el primero de octubre sus conocimientos el joven Franz a los de un numeroso grupo de rivales en la primera prueba. Su actuación en la misma fue tan brillante, que sin más preámbulos se le aceptó.

También es por estos años, entre los doce y los diecisiete cuando se produce en él una fuerte atracción estética hacia la literatura y la poesía. Podría decirse que Schubert hubiera sido perfectamente un escritor de no mediar la música como factor primordial y decisivo. Sus lecturas de Goethe, Schiller y los poetas alemanes de la época, Hölderlin, Novalis, Heine, duraban hasta altas horas de la madrugada. De ahí arrancaría la facilidad propia y genérica de Schubert para los «lieder», especialidad en la que nunca fue superado por ningún otro compositor de la etapa romántica. En 1811 compuso un lieder llamado el «Lamento de Agar», que gustó sobremanera al famoso Salieri, rival de Mozart cuando ambos vivían, por cuestiones de prestigio.

A medida que avanza su vida se va perfilando más y más su innata vocación por la música y pese a ejercer como maestro de párvulos en la escuela Normal de Santa Ana, el destino de Franz parece seguro. Con el tiempo su técnica se había perfeccionado hasta límites increíbles. Como escribe Heuberger, «en el coro de la iglesia de Lichtental nació su arte para transformar una partitura en una vivida obra de arte. Aquí se ejercitó su oído exquisito en reconocer el sonido de cada uno de los instrumentos, de cada una de las voces humanas, por separado o en contrapunto. Ahí tuvieron lugar las primeras audiciones de sus misas, su más importante y definitiva experiencia dentro de lo que después sería su obra. De esta forma quedó vinculado estrechamente y para siempre el desarrollo de su arte de instrumentalización maravilloso y nunca bastante admirado, con la iglesia suburbana de Lichtental y con sus buenos directores».

El joven Franz llega a los 17 años y por primera vez en su vida se siente totalmente enamorado. Ella es Teresa Grobb, y la conoció mientras esta cantaba su Misa en Fa Mayor, precisamente en la iglesia de Lichtental. Nunca, pese a su largo y extraño noviazgo, llegaron a casarse, convirtiéndose esta mujer en un verdadero enigma para los historiadores, que jamás llegaron a descifrar si ocupaba aún el corazón del genio en el momento de su muerte. Otras versiones apuntarían en este aspecto hacia Carolina Esterhazy, la que habría de convertirse en su amor romántico por excelencia. Pero Teresa Grobb se casó en 1820 con Sam Bergmann, y se cuenta que Schubert

quiso asistir a la boda colocándose estratégicamente en la primera fila, causando una gran impresión, próxima al desmayo en la recién casada.

En la primavera de 1812, año cantado por Tchaikowski en su célebre Obertura, una triste noticia sume a Schubert en la más profunda depresión. Su madre, por quien había demostrado siempre un gran amor, fallece víctima del tifus. El propio Schubert escribiría sus emociones en un diario que por aquel entonces comenzó a escribir: «la noticia de la muerte de mi madre apresuró mi regreso al hogar. Nadie se opuso a mi entrada. Fue entonces cuando me encontré frente al cadáver. Las lágrimas que brotaban de mis ojos me impedían verla, sólo lograba evocarla en aquel pasado no muy lejano en que la actividad era la ley de su vida y ahora la tenía ahí, frente mío, inmóvil... Cierta vez conocí a una joven que acababa de morir. La rodeaban gentes que hablaban quedo, para no despertarla. Nubes celestiales flotaban sobre el sepulcro y celestiales eran los pensamientos y las maneras de quienes allí se encontraban. Yo quise penetrar en ese círculo, pero sólo un milagro podía permitirlo, comencé a acercarme con espíritu confiado, y logré por fin mi propósito. Experimenté el placer de la salvación eterna».

LOS VIAJES. HUNGRÍA

En 1815 compone, tan sólo cuenta con 18 años, su segunda sinfonía en Si Bemol Mayor D.125 y la tercera sinfonía en Re Mayor D.200. Un año más tarde, encauzado en su nueva y azarosa vida, se traslada a casa de su amigo íntimo Franz Von Schoeber, un joven aristócrata y adinerado que, entre otras cosas, es el poeta del grupo que frecuenta Franz. Schoeber junto a Von Spaun, Joseph Vogl, Johann Mairhofer, Von Gymnich, las hermanas Fröhlich y Anselmo Hüttenberner forman el grueso de dicho grupo.

También en 1815 escribe su cuarteto en Si Bemol, y en febrero estaba lista su primera sonata para piano en Sol Mayor, de la que se conservan aún tres movimientos en Mi Mayor. Estas composiciones, como algunas piezas menores para piano, ocho escocesas, un adagio en Si Bemol y una serie de variaciones, están escritas bajo la influencia de Haydn, Mozart o del Beethoven de los primeros tiempos. Obras grandes y originales como las que aparecerían más tarde aún no existían en su mente.

Esta es una época sumamente ajetreada que parece comienza a desgastar psíquicamente al

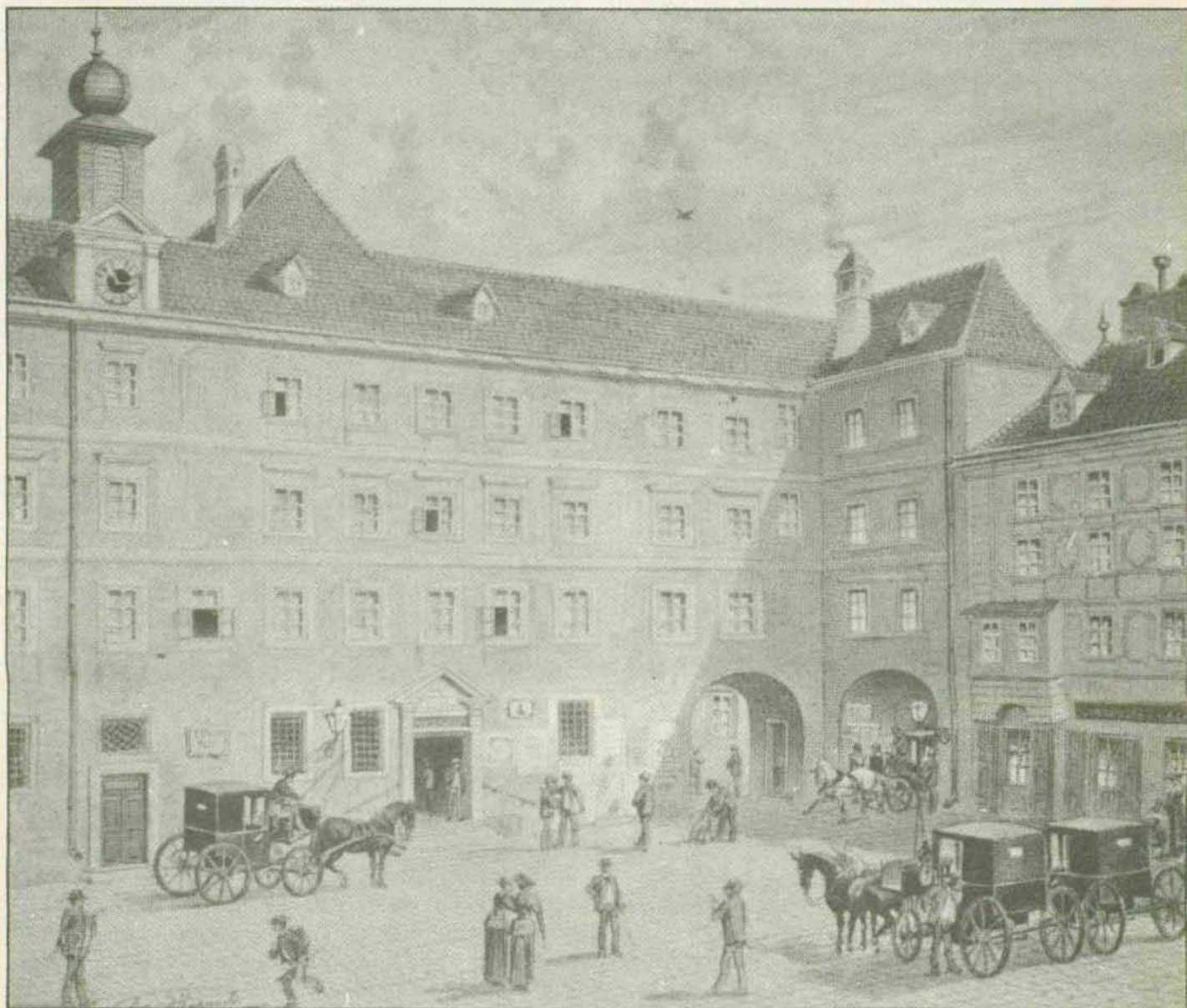
compositor. De un lado, en el terreno estricto de la música las cosas le ruedan relativamente bien, pues entre otras obras compone la cuarta sinfonía en Si Bemol Mayor d. 485, quinta sinfonía en Si Bemol Mayor D. 485, además de numerosos lieder y diversos proyectos de óperas. También expone su candidatura como profesor de música en la Ljubljana vienesa.

Por otra parte, puede decirse que su personalidad está completamente fraguada. De baja estatura, 1,52 m. y de complexión tendente a la obesidad, Schubert arrastraba ciertos complejos y parece que éstos encontraron su punto álgido en presencia de las mujeres. Es de destacar que el hueco de su vida, a nivel de compañías e incluso afectivo, que no ocuparon las mujeres, lo llenaron sus numerosos amigos, de los que podría decirse que dependió hasta el fin. El hecho de que sólo se sintiera atraído por

dos mujeres, y que se debatiera entre esos dos amores hasta el final da una prueba fehaciente de su complicado carácter.

Los defectos visuales que padecía, así como su aspecto poco arrogante hicieron de él una persona apocada y de difícil juicio psicológico, pues era propenso a dar bruscos y distantes cambios de estado anímico. De hecho, y ello no contribuyó en nada a alegrar su recogido carácter, se le conoció por dos apodos característicos, «Miller» («molinero») y «Schwamner» («esponjita»), que daba claro sentido a su aspecto descuidado y a su afición a la bebida.

En plena fiebre romántica, pues Schubert nunca se libró de la sugestión típica que causó el citado movimiento entre los artistas, se produce uno de los aspectos fundamentales de su vida: el primer viaje, por mediación de Karl Unger, a Zeliz (Hungría) como profesor de música en la casa del conde Johann Karl Es-



Internado de la Corte Imperial, en Viena. Aquí vivió SCHUBERT, como pequeño cantor de la capilla de la Corte, entre 1808 y 1813; recibió lecciones de composición de Salieri y tocó el violín en la orquesta del internado. (Acuarela de Franz Gerasch, Historisches Museum de Viena).

terhazy, de Galanthe. El haber sido contratado como educador musical de las hijas del conde, María y Carolina, le permite dedicarse con libertad plena a la composición durante largos períodos de tiempo.

Antes de enamorarse apasionadamente de Carolina, la hija menor de los Esterhazy, parece confirmado que Schubert contrajo una importante enfermedad venérea al mantener relaciones con la doncella Pepi Pöckelhofer; enfermedad que aún en 1823 le causaría ciertos trastornos tanto físicos como mentales.

Aquí parece que empieza a fraguarse una amistad mucho más que profunda con Carolina, a la que no se declarará hasta su segunda estancia en Zeliz. En 1819 viaja a Linz y Steyr en compañía de Vogl, cantante de la Hofoper. En Steyr precisamente concebirá su famoso quinteto en La Mayor (La Trucha). El periodo comprendido entre los años 1820 y 1822 es de una gran fecundidad para el músico que, además de haber evolucionado sobremanera en el terreno específico de la instrumentación orquestal, ve alcanzar su mejor época como pianista. Aunque poseía unos dedos más bien cortos y gruesos, ello lo suplía con una especial destreza en el contacto con las teclas. Su toque era seguro y firme permitiéndole llegar fácilmente al alma de las melodías, como recuerda en sus Memorias Huttenbrenner, imprimiéndoles una depurada técnica y gran rapidez. A esta época corresponde el estreno de su ópera «Los Mellizos» en el Kärntnertortheater de Viena, su primera impresión de «El Rey de

los Alisos» (Erlkönig) y el comienzo de dos de sus grandes proyectos. Uno, la sinfonía en Si Menor D. 759 (La Incompleta), destinada originariamente a la sociedad musical de Gratz, así como el inicio de las célebres shubertiadas, auténticos frescos constituidos en fiel reflejo del ambiente campestre y feliz de una ciudad especial. Su capacidad compositiva parece fuera de toda órbita y las obras siguen siendo creadas a un ritmo verdaderamente vertiginoso. El cuarteto en Do Menor, la fantasía para piano D. 760 (Fantasma del caminante), la sonata en La Menor y muchas más.

No obstante, aunque la vida parece sonreírle, pues comienza a ser reconocido como alguien de peso en el mundillo musical vienés, tiene cuantos amigos desea, el tormento místico interior que sufre Schubert como creador nato queda al margen de toda duda. Su lucha despiadada entre la creación y la rutina, entre la autosuperación y el estancamiento técnico, entre su misma personalidad y la concepción esencialmente romántica de su tiempo, todo ello va provocando un fuerte debilitamiento que quedará fielmente reflejado por su puño y letra en su diario particular. «Perdí la tranquilidad, el peso de mi corazón me abrumba, no volveré a encontrar paz sobre la tierra: porque cada noche, cuando me acuesto, espero no volver a despertar, y cada mañana me trae sólo el recuerdo de la tristeza del día anterior... Mis obras musicales son hijas de mi cerebro y de mis penas, y las engendradas por la más amarga tristeza son las que más alegran al mundo...»

En los años siguientes, es decir a partir de 1823 y 1824, su vida va perfilándose cada vez más hacia la soledad, abandonando incluso el trato diario que sostenía con sus amigos de siempre, Vogl, Von Spaun, Kupelweisser, etc. A mediados de 1823 se le nombra miembro de honor de las asociaciones musicales de Gratz y de Linz, hecho este que le llena de satisfacción. Su faceta creativa se mantiene mientras tanto en un grado de estabilidad como pocas veces había conseguido hasta entonces.

EL FINAL

Tras una segunda estancia en Zeliz se despide de Carolina, dejando su romance en un interrogante. Ella no se casó hasta pasados 22 años, a los 38, con un amigo del caballero de Liancourt, un francés, el conde Charles Folliot de Cruville. Desde la muerte de Schubert, Carolina guardó con fervor todo tipo de documentos sobre su obra. A mediados de octubre de 1825 regresa a Viena y va a casa de su padre,



A los 17 años Franz SCHUBERT conoce a Teresa Grobb —en la imagen—, mientras ésta cantaba su Misa en Fa Mayor, precisamente en la iglesia de Lichtental. Nunca, pese a su largo y extraño noviazgo, llegaron a casarse, convirtiéndose esta mujer en un verdadero enigma para los historiadores, que jamás llegaron a descubrir si ocupaba aún el corazón del genio en el momento de su muerte.

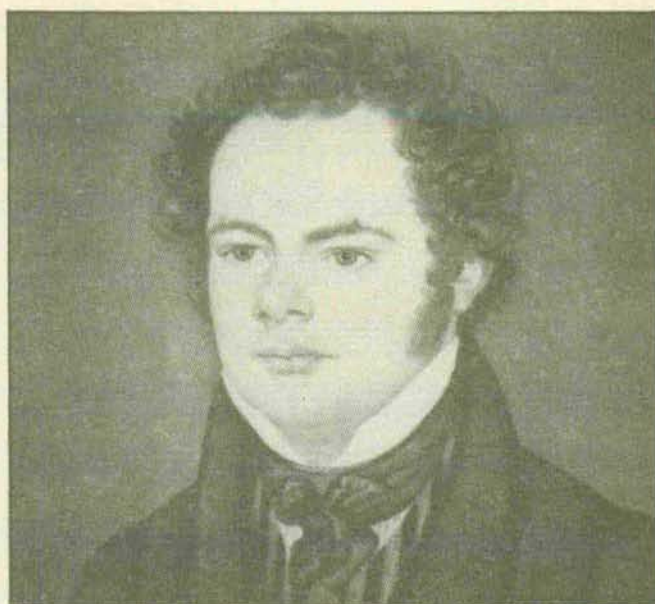
con quien siempre sostuvo agudas diferencias. El viejo, casado desde 1813 en segundas nupcias con Anna Kleyenböck, lo recibe con todo tipo de atenciones invitándole a permanecer con ellos, aunque Franz sigue sintiendo un fuerte deseo de soledad, de independencia total, lo que le lleva a trasladarse de nuevo a otra casa, en la antigua Fruhwirth, junto a la Karlskirche. Allí tuvo por vecino a su amigo Moritz Von Schwind, que vivía en la vieja casa de Mondschein.

Otro breve período de felicidad y éxitos, como explica Ruiz Tarazona en su ensayo biográfico sobre el músico, se lo proporcionó el nuevo viaje que hizo acompañando a Vogl durante el verano de 1825. Juntos recorrieron Linz, Gmunden, Steyr, Salzburgo, Gastein, en un viaje triunfal. Sobre aquellos días el compositor nos ha dejado muy bellos testimonios en las cartas que enviaba a su familia y amigos. Tuvieron en todas partes un gran éxito sus nuevas canciones según «La dama del Lago», de Walter Scott, cuya página más célebre es aquella a la que se adaptaron las palabras del «Ave María». Durante este recorrido Schubert terminó una sinfonía cuyo original se ha perdido.

De todas formas su carácter iba volviéndose progresivamente más taciturno, circunstancia ésta con frecuencia acentuada por una serie de reveses, como el que sufre al tratar de obtener la plaza vacante de vicedirector de la orquesta de la Corte, cosa que no alcanzaría. Tampoco logró su objetivo de ingresar en la Kärntnertortheater. Durante el año 26 trata de colocar sus obras en importantes editoriales alemanas, fracasando en sus gestiones con las casas Breitkopf, Hartel y Probst.

Capítulo aparte merecería el de lo mucho que afectó a Schubert la muerte de su idolatrado Beethoven. La conmoción fue general, quedando la ciudad, Viena, trastornada al enterarse de la noticia. Al correr el rumor de que Beethoven se hallaba gravemente enfermo, Schubert rogó a varios amigos que le acompañaran. El criado de Beethoven abrió la puerta. Vaciló, no sabiendo si permitir la entrada de esta insólita delegación de jóvenes, pues la salud de Beethoven se había agravado. Schubert insistió escribiendo unas líneas en una pizarra y rogó al criado que la llevase al maestro. Beethoven, sordo, no podía comunicarse de otra manera que por signos o palabras con sus admiradores y amigos. Sólo Schubert fue admitido. Entró en la cámara y vio destacarse de la blancura de las sábanas el rostro pálido y atormentado de Beethoven.

Schubert, embarazado, permaneció de pie, junto a la cama, inclinada la cabeza. Beetho-

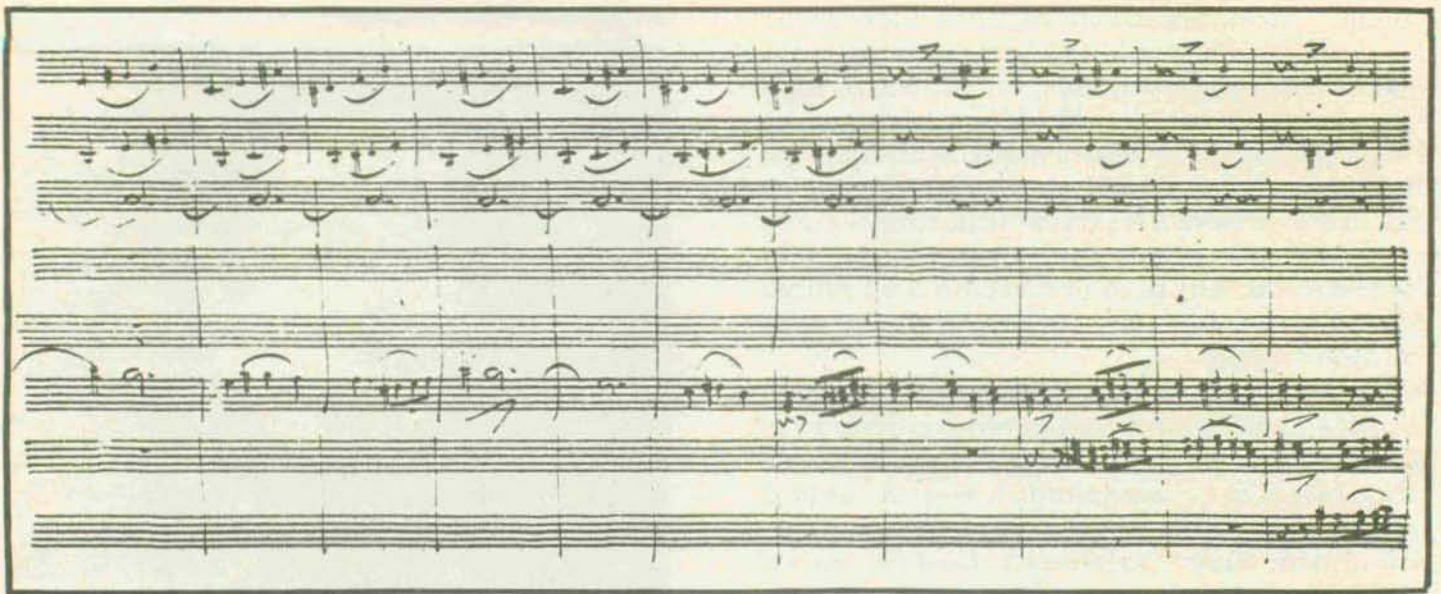


SCHUBERT —en la imagen hacia 1815— era propenso a dar bruscos y distantes cambios de estado anímico. De hecho, y ello no contribuyó en nada a alegrar su recogido carácter, se le conoció por dos apodos acaracterísticos, «Miller» (molinero) y «Schwammer» (esponjita), que daba claro sentido a su aspecto descuidado y a su afición a la bebida.

ven, en su lecho de muerte parecía ya un ser irreal y como inmortal. Ni un solo ruido en la casa. La oscuridad desvanecía las formas, presentaba el lecho del maestro, resaltando en un fondo gris, sin límite, sin barreras. El moribundo sacó su mano descarnada y señaló a Schubert una silla junto a él. Este se sentó con cuidado. Beethoven le asió una mano y la estrechó fuertemente contra él; levantó altivo la cabeza tratando de incorporarse, pero no pudo; se resignó, abrió la boca y movió los labios. Hablaba o al menos creía hablar. De su garganta no salía ni un sonido.

Schubert, angustiado, fingía entender, aprobaba, forzaba sus gestos, simulaba entusiasmo. Se sentía aterrizado. ¡Si Beethoven llegara a notar que su admirador, él, no entendía sus últimas palabras! Junto a Schubert, sobre la colcha, había algunos manuscritos. Franz leyó los títulos y descubrió uno suyo. Era el último cuaderno de sus obras, una recopilación que había enviado hacía unas semanas al ilustre compositor. Luego era verdad que a Beethoven le gustaba la música de Schubert. Se sintió más alentado, mirando con ternura fraternal los ojos del enfermo y poniendo en su mirada todo lo que en él había de admiración, de confianza y de fe. Se puso en pie. Los labios del gran hombre continuaban como murmurando algo. Schubert, a punto de llorar, hacía gestos de aprobación con la cabeza. En signo de despedida, el enfermo le tendió de nuevo la mano. La simbólica conversación había terminado.

—¿Qué te ha dicho? —le preguntaron sus amigos.



De la Sinfonía Incompleta pensaba que, incluso lo hecho, dejaba que desear técnicamente. Quizás, fuese excesivamente crítico consigo mismo, ya que prácticamente nadie contradice que la «Incompleta» es una de las más conseguidas partituras del romanticismo. (Esbozos para el scherzo de la «Incompleta» de SCHUBERT, segunda página de los esbozos de la partitura. Archivo del Männergesangvereins, Viena).

—¡Me llama! —suspiró Schubert con voz ronca.

—¿Te llama? —exclamó Hüttenbrenner.

—Sí, allá arriba, adonde iré pronto a unirme con él.

Más tarde, el grupo de amigos se dirigió a la hostería «El Castillo de Sisenstadt», donde Schubert, luego de brindar por el genio desaparecido, se levantó y completamente absorto dijo: «Brindemos ahora en honor del primero que le siga», dejando una amarga sonrisa en sus labios. Su amigo Von Spaun, días más tarde, le preguntaría en repetidas ocasiones la causa de su constante depresión, a lo que Schubert sólo respondía «pronto oiréis y comprenderéis», como si preveyera perfectamente su próximo final, un año más tarde.

En este tiempo compone sus obras más patéticas, así como numerosos lieder teñidos de amargura y fantasmales visiones. También escribe su gran sinfonía en Do Mayor D. 944, y la Fantasía en Fa Menor D. 940 para piano a cuatro manos dedicada a Carolina Esterhazy. El último año de su vida se le presentó duro y lleno de problemas económicos, afectivos y de todo tipo. Aunque de vez en cuando, si lucía el sol, paseaba largamente entre Währing y Döbling; pese a la excursión a Unterwaltersdorf con su hermano Fernando, su salud empeoraba por momentos. Pese a todo ello aún trataría de empezar unas clases de fuga y contrapunto con el organista imperial Simon Sechter; también por esa época, el 26 de marzo de 1828, se le ofrece un concierto con obras suyas en la Musik Vereinband de Tuchlauben, interviniendo famosos como Vogl, Boehm, Boeklett y Linke.

El día 12 de noviembre le escribe a Schoeber manifestándole ciertas dolencias altamente molestas. El 17 comienza a delirar preguntando extasiado por todo aquello que le rodea. Todavía en esos momentos habló de futuros proyectos, entre los que destacaba una ópera titulada «El conde de Gleichen». La fiebre sube y el músico no cesa de llamar a voz en grito a Beethoven; gime y repite su nombre constantemente. Recibe la esporádica visita de Teresa Grobb. Así le sorprende la muerte el día 19 de noviembre a las tres de la tarde. En ese día, en Viena hacía un esplendoroso sol. Sus restos fueron enterrados en el Ostfriedhof, a escasos metros de la tumba de Beethoven, desde donde, en 1888, se trasladarían al cementerio central de la ciudad.

LA OBRA

**«Quería cantar al amor
y mi canto resultaba doloroso.
Quería cantar al dolor
y mi canción nacía impregnada de amor
así me dividía yo
entre el amor y el dolor.»**

Al apreciar la obra de un genio de la talla de Schubert no habría que perder de vista un dato tremendamente simbólico. Para cuando éste falleció, a los escasos 31 años de edad, Beethoven con esta edad comenzaba justo a elaborar su segunda sinfonía, y aún tendría que perfeccionar su técnica tanto en la composición como en la dirección de orquesta. Schubert, tras su pronta muerte, dejó tras de sí una gigantesca producción que comprende unas 1.200 obras, entre las que habría unos

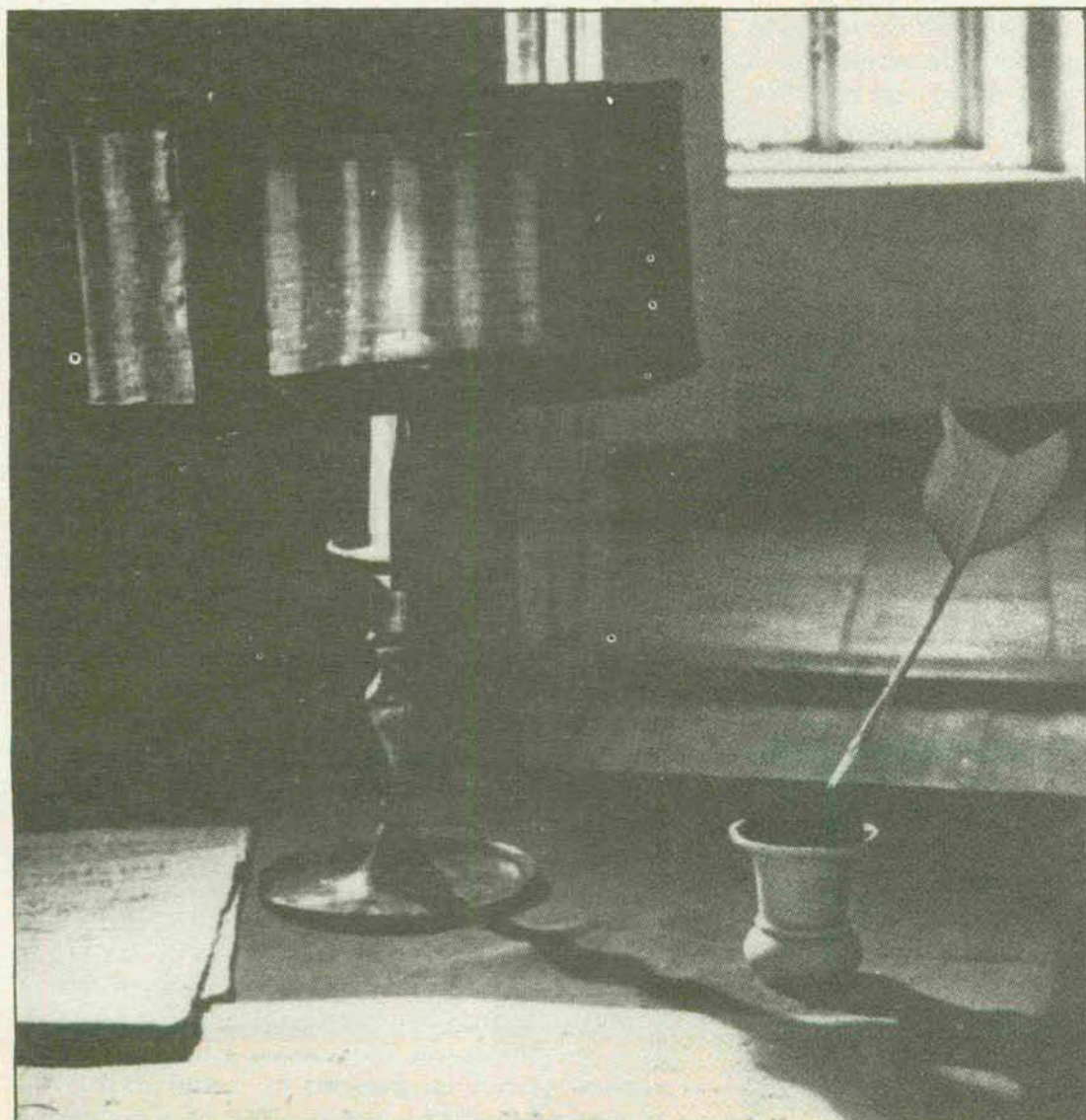
600 lieder, 9 sinfonías y 450 composiciones para piano, además de misas, óperas, obras corales, etc.

Imaginar lo que hubiera podido dar de sí este músico extraño y acomplexado llamado Franz Schubert de no haber visto tan súbitamente cortada su existencia, sería hacer conjeturas sin ningún valor y consistencia históricos. Lo que sí es cierto es que este hombre, al que supieron retratar pintores famosos como Rieder, Schwind, Teltscher o Gustav Klimt, creó una música absolutamente adecuada a su fuerte y pasional personalidad.

Técnicamente hablando supo ser, y en ello es tribaría una de las grandes «dificultades» de su vida, un perfecto puente entre las formas clásicas del romanticismo anterior a él, esencialmente estrictas, graves y globales, para disolverlas en un nuevo concepto estético de la melodía, mucho más abierto a la creación y al recreo imaginativo, libre y colorista que acabaría por incubar magistralmente la técnica de los Schumann, Mendelssohn e, incluso en

ciertas obras, del Brahms romántico y efectista.

Fue grande el estímulo que sobre su música ejerció la pasión que sentía por la poesía, llevándole dicha unión estructural y amorosa de ambas artes a convertirle en uno de los más grandes creadores de lieder de todos los tiempos. No resultaría vana, pues, la sugerencia de que sus partituras pueden «leerse» con un mínimo de concentración en su desarrollo. La perfección de las formas sonoras, la ecléctica dulzura que supo imprimir a su lenguaje musical le confieren un carácter perfectamente original y fresco; hecho este que supo ver perfectamente el gran Robert Schumann, cuya obra tanto tendría que agradecer al músico de Lichtental, cuando afirma que escuchando a Schubert, y en especial ciertos fragmentos soñadores y sugestivos del segundo tiempo de su sinfonía en Do, podía contemplarse Viena. Sus calles, sus puentes, sus casas, su cielo, sus niños y, lo que es más importante, su historia. De todo ello las descripcio-



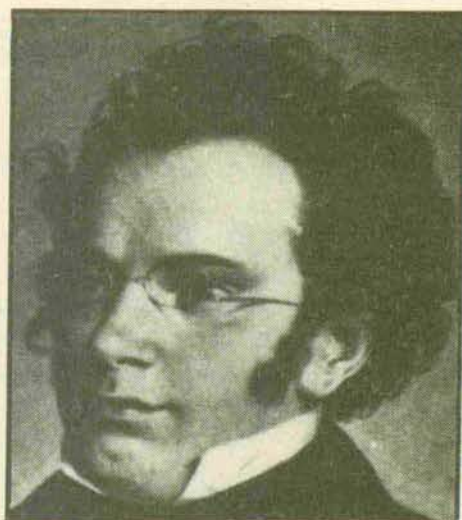
SCHUBERT, tras su pronta muerte, dejó tras de sí una gigantesca producción que comprende unas 1.200 obras, entre las que habría unos 600 lieder, 9 sinfonías y 450 composiciones para piano, además de misas, óperas, obras corales, etc. (Su mesa de trabajo, en Viena).

nes musicales de Schubert crean un boceto armonioso y espontáneo.

También, haciendo referencia a esta grandiosa obra sinfónica que culminó la sinfonía en Do, Schumann manifestó su admiración por haber conseguido «tratar de forma tan original tanto los instrumentos por separado o en grupos, como la masa orquestal que a menudo se entremezcla como voces humanas y coro». Schumann se sentía más emocionado todavía, porque sabía que Schubert no llegó a oír jamás su última sinfonía; Schumann había descubierto el autógrafo en 1838 —es decir, diez años después de la muerte de Schubert— en Viena, en casa de Fernando Schubert, hermano de éste. La Sociedad de los Amigos de la Música de Viena, de la que Schubert era miembro desde 1822, la había rechazado por encontrarla demasiado larga y difícil para una ejecución. Su sinfonía en Do Mayor no llegó a estrenarse hasta el 22 de marzo de 1839, fecha en que fue ejecutada en Leipzig, bajo la dirección de Felix Mendelssohn.

Habría que subrayar también que la creación musical de Schubert surgió siempre de forma particular y autónoma. Aunque compuso en la misma Viena, fiel generadora de sensaciones e inspiración, que Beethoven, ni sus círculos fueron los mismos ni su visión específica del problema de las tonalidades o el contrapunto tampoco. Resulta curioso cómo, pese a frecuentar ciertos medios burgueses comunes, Schubert jamás se influenció por otros músi-

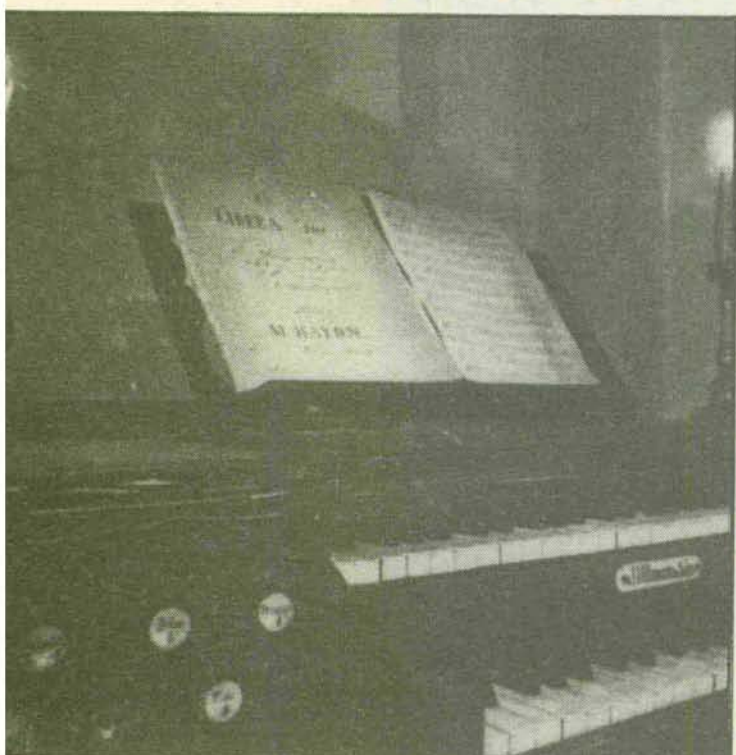
Lo que sí es cierto es que este hombre, al que supieron retratar pintores famosos como Rieder, Schwind, Teltscher o Gustav Klimt, creó una música absolutamente adecuada a su fuerte y pasional personalidad.



cos contemporáneos de la talla de Ludwig Spohr, Nicolo Paganini, Karl Czerny, Gioachino Antonio Rossini, Johann Hummel o el mismo Carl Maria Von Weber, que tan arraigada escuela supo formar entre los románticos alemanes de la primera mitad del siglo XIX. A pesar de la opinión de Goethe, que nunca tuvo muy buena impresión de la música de Schubert, las obras del compositor vienés gustaban ya en su época y, si bien no eran tan populares como las de Beethoven, sí alcanzaron gran prestigio en los medios competentes. No obstante, un obstáculo en la vida de Schubert fue la implacable sombra del maestro Beethoven. ¿Qué más puede hacerse después de él?, se preguntaba el joven músico ya antes de comenzar su azarosa carrera de éxitos y decepciones.

Ciertamente, en el difícil terreno de lo sinfónico la novena sinfonía en Re menor del músico de Bonn marcaba toda una época y, por otra parte, aún sin proponérselo, cerraba muchos caminos en cuanto a la concepción y sobre todo a la «realización» de la gran música orquestal se refería. Años más tarde Brahms, Bruckner y Mahler abrieron una nueva fase en el espíritu sinfónico, más socialmente atormentado y menos intrínsecamente, más universalista, y sobre todo mucho más a nivel de estructuras que de voces y lamentos humanos.

En ese punto de la estructura orquestal, Schubert, pese a que siempre existió una tendencia a exagerar la faceta negativa del mismo para la orquesta, supuso una fuerte evolución, pues desde sus primeras obras sinfónicas puede comprobarse el diacronismo recitalizante que existe en la flexible distribución de las voces orquestales. Quizás usó demasiado frecuentemente de una constante agitación interna en los movimientos extremos. Ello, en cierta forma, ponía en peligro la integridad completa de las obras, que suplían esos pequeños



La pena, la irrecuperable verdad, es que Franz SCHUBERT dejó su vida incompleta, al igual que su sinfonía. Esa que el tiempo diseminó entre nosotros para siempre. (El instrumento de trabajo, en su residencia vienesa).

matices con un lirismo constructivo propenso a crear en el oyente, y en ello reside la magia schubertiana, una sensación de hermoso equilibrio.

Robert Schumann hablaba de una «celestial longitud» cuando se refería a las melodías de Schubert. Estas, podría decirse, tienden a construir algo gigantesco e íntimo a un tiempo, partiendo de un núcleo generador de luz y brotes amargamente impresionistas. Pretenden lograr una diversidad de algo que forma, en sí mismo, una unidad. El jamás estuvo del todo satisfecho con su obra. De la Sinfonía Incompleta pensaba que, incluso lo hecho, dejaba que desear técnicamente. Quizás fuese excesivamente crítico consigo mismo, ya que prácticamente nadie contradice que la «Incompleta» es una de las más conseguidas partituras del romanticismo; sobre todo su parte primera que, más que innovaciones expresivas, supone una auténtica reafirmación de todo el pensamiento y la cultura de su tiempo.

Tampoco la opinión de Stefen Kunze con respecto a que la vida sinfónica de Schubert nace y muere con su sinfonía en Do sería del todo justa, máxime si tenemos en cuenta que su gran sinfonía no es sino el resultado lógico y positivo de una vida dedicada por entero a la investigación de las formas, a la transformación del material melódico, intentándole quitar algo de seriedad para introducirle una fuerte dosis de pasión que pudiera acercar su música a la gente.

Ese fue realmente el único intento del músico vienés: llegar a la gente, a su gente, al mundo. Mostrarle el sufrimiento y la alegría de toda una época y una generación. La pena, la irrecuperable verdad es que Franz Peter Schubert dejó su vida incompleta, al igual que su sinfonía. Esa que el tiempo diseminó entre nosotros para siempre.

BIBLIOGRAFIA:

RICHARD HEUBERGER: «*Franz Schubert*». Berlín, 1902.

KARL KOBALD: «*Schubert y su tiempo*».

ANNETTE KOLB: «*La sinfonía inconclusa*».

STEPHAN KUNZE: «*El camino hacia la gran sinfonía*».

A. R. TARAZONA: «*Schubert o el tierno corazón*».

PAUL LANDORMY: «*Vida de Schubert*».

YMRE GYOMAI y STEPHANE MANIER: «*La patética vida de Franz Schubert*».

KLAUS WOLFGANG NIEMÖLLER: «*Poesía y música en el romanticismo alemán*». ■ J. G. S.

¿ES LA TIMIDEZ UNA ENFERMEDAD?

Confesión de alguien que fue tímido en otro tiempo

Siempre he experimentado una admiración secreta por H. G. Borg. El gran dominio de sí mismo ante los exámenes en la Universidad y su tranquilidad innata cuando nos hallábamos en presencia de otros, constituían para mí un perpetuo motivo de asombro.

Una tarde del pasado invierno, me encontré con él con ocasión de una cena de antiguos alumnos y el placer de vernos de nuevo, después de un lapso de veinte años, nos situó en trance de confesión y, naturalmente, sacamos a relucir nuestras vidas. No escondí el hecho de que la mía hubiera podido ser un tanto mejor de no haber sido siempre tan tímido.

Borg me dijo: «He pensado con frecuencia sobre esta paradoja. Las personas tímidas son, generalmente, seres superiores. Podrían realizar grandes empresas y esto no es secreto para ellos. Pero esta falta los condena irremediablemente a vegetar en puestos mediocres e indignos de su valía».

«Por fortuna, la timidez tiene cura. Basta con atacarla de manera adecuada. Es preciso, ante todo, juzgarla con seriedad, como si de una enfermedad física se tratase y no considerándola como producto de la imaginación».

Borg me informó entonces acerca de un procedimiento muy sencillo que regula la respiración, impide el enrojecimiento del rostro y mantiene la calma incluso ante circunstancias muy embarazosas. He puesto en práctica sus consejos y pronto he tenido el placer de poder declarar que al fin me he visto libre, absolutamente, de mi timidez.

He participado este método a varios amigos y ellos han obtenido resultados sorprendentes. Mediante tal método, estudiantes han aprobado sus exámenes, viajeros de comercio han multiplicado sus ventas, y hombres han sacado fuerzas de flaqueza para declararse a la mujer de sus sueños... Un abogado joven, que fallaba lamentablemente en el curso de su actuación y defensa, ha adquirido el arte de la respuesta aguda que le ha proporcionado sobrealientes éxitos.

El espacio no me permite extenderme para ofrecer aquí mayores detalles, pero si usted desea lograr tal imagen de sí mismo, tal audacia de buena ley que constituye los ingredientes hacia el éxito en la vida, solicite a H. G. Borg su librito titulado «Leyes eternas del Éxito». El se lo remitirá gratuitamente a quien quiera que ansie dominar la timidez propia.

He aquí su dirección: Aubanel Publishers, H. G. Borg, 14, Highfield Road Rathgar, Dublín 6, Irlanda.

E. SORIANO

Publidifusión